

EL CASCABEL



Núm. 3.º EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS, por Mecachis.

NUESTROS MURGUISTAS



El canario más sonoro.

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
Cávia (D. Mariano de).
Jackson Veyan (D. José).
López Silva (D. José).
París (D. Luis).
Paso (D. Manuel).

Pérez Zúñiga (D. Juan).
Sierra (D. Eusebio).
Taboada (D. Luis).
Torromé (D. Rafael).
Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
Cilla (D. Ramón).
Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



¡Y dale con *Pequeñeces!* ¡Y dale con el padre Coloma!

Ni la próxima aparición del *espectro rojo*, anunciada para el día 1.º de Mayo en papeletas y carteles; ni el estreno de *El padre Juan*; ni los sermones del padre Paulino (¡en Madrid no ganamos para padres!), de *cuyo* predicador han hablado los cronistas de la vida elegante, entre la noticia de un baile y la de un herradero de reses bravas; ni el *debut* de *Rosita de la Plata* en el circo de Price; ni el *debut* de Vallés y Ribot en el Congreso; ni la «agarrada» de dos altas damas en la Casa de Campo; ni la fuga de un distinguido ejemplar de la justicia histórica de nuestro país con otro distinguido ejemplar de la histórica belleza de nuestras paisanas; nada, en fin, de lo más saliente—ó de lo más entrante—que ha ocurrido en estos últimos días, *ha sido parte* (como dicen los *cursicastizos*) á distraer la atención pública, hipnotizada por el padre Coloma y sus *Pequeñeces*.

—¿Ha leído V. *Pequeñeces*?

Esta pregunta se repite en tertulias, cafés, casinos, sacristías y *boudoirs*, más que se repitió en tiempos el célebre:

—¿Come el duque?

Lo que ahora podría decirse, cambiando la interrogación en admiración, es esto otro:

—¡Cómo come el padre!

Es nuestro pantagruesco Zola; nuestro Gargantúa literario... Jamás han disfrutado de tan buen puesto ni de tan abundantes raciones en el festín editorial (en el editorial, entiéndase bien) Alarcones, Valeras, Peredas y *Galdoses*.

Cualquiera de nuestros literatos, por grande que sea su costumbre de embaular sendos productos de copiosas ediciones, y por insaciable que sea su apetito, puede acudir al padre Coloma, en la seguridad de que éste, sin dejar de engullir ni aguardar hambrientas súplicas á

lo Sancho, asirá del caldero, sacará de él tres gallinas y dos gansos, diciendo á su émulo:

—Comed, amigo, y desayunáos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

Y si acaso respondiere el suplicante:

—No tengo en qué echarla...

De fijo replicaría el padre, como el solícito cocinero de Camacho:

—Pues lleváos la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de la Compañía de Jesús todo lo suple, y para todo da la feliz fortuna de *Pequeñeces*.

El éxito ha sido inmenso... y el reclamo también.

Barnum ha hecho muy bien en morir. El gran *puffista* estaba de sobra en este mundo. Aquí mismo, en el país clásico de la siesta y el bostezo, se le daban ya cien vueltas, y se eclipsaba su habilidad en el arte de dar á las gentes lo que nuestros chulos y nuestros duques llaman el *paripé*.

¡*Paripé* mayor que el de *Pequeñeces!*...

No tema el lector que me meta ahora en disquisiciones críticas. Me las he permitido ya en otro lugar, y no es cosa de repetir *fabiedades*. ¡Líbreme el Dios de Cañete de ingresar en las filas de los *kateder-laterischen!*

Quiero decir solamente, con eso del *paripé*, que después del reclamo hecho á *Pequeñeces*... comparado con el mérito real de este libro, será preciso en adelante anunciar las novelas lo mismo que las cajas de cerillas: sin trampa ni cartón.

Entre tanto, ¡trampa adelante!

Todos quieren llevar parte en ella. Todos apetecen, á falta de los dos gansos y las tres gallinas de Sancho, recoger algunas migajas del éxito, escribiendo acerca del tema de actualidad á más y... peor.

Los más modestos se contentan con llevar sus opiniones, sus observaciones, sus votos en pro ó sus votos en contra, á la sección abierta con este objeto en *El Heraldo de Madrid* por Pepe Gutiérrez Abascal, maestro insuperable en el arte del periodismo, que logrará hacer del diario que dirige todo un *New Madrid Herald*.

Pero, ¡oh, Lisardo! en el mundo hay más; sobre todo, en el mundo de las letras y aficionados adyacentes.

Uno de éstos, chico «que quiere darse á conocer», me favoreció dos ó tres días há con su visita... y una lata, que por desgracia no era de buenas sardinas ni de ricos pimientos.

—¿Podría contar—me dijo—con la bondad de V. para salir de cierto apuro?

—Como no sea con dinero ó cosa que lo valga, cuente V. con lo que quiera.

—¡Oh! No se trata de un apuro económico, sino de un apuro intelectual.

—Pues ya sabrá V. que esos aprietos acaban como los aprietos de otra clase... ¡Echando mano al papel!

—Ya lo he hecho así; pero es el caso que tengo dos papeles, uno en cada mano, y no sé por cuál *obtar*.

(Este *obtar* me puso al cabo de la calle.)

—¿Querría V. explicarse?

—Con mucho gusto. El ruidoso éxito de *Pequeñeces*...

—¡Hola! ¿Crítica tenemos, eh?

—Señor mío, yo hago algo más que críticas.

—Perdone V.; no he querido ofenderle.

—Sí, señor, algo más; y la prueba está en que he empezado á escribir una segunda parte, ó mejor dicho, dos segundas partes de *Pequeñeces*.

—¿Cómo dos?

—Dos; sí, señor. La una en sentido católico; pero de tal suerte, que ha de dejar tamañita la del padre Coloma. La otra en sentido librepensador, echando abajo todas las teorías, intenciones y propósitos del autor jesuita.

—Me deja V. aturdido. ¡Un Avellaneda por partida doble! Y, vamos á ver, ¿qué hace V. con la condesa de Albornoz en la continuación católica de *Pequeñeces*?

—Acabo por llevarla á los altares, y por hacer que el padre Cifuentes proponga en su oración fúnebre el culto á los Sagrados Rizos de Currita.

—¡Nada más edificante! ¿Y en la continuación librepensadora?

—Curra Albornoz, después de conocer de cerca á los jesuitas, se propone desenmascararlos; y al efecto, se hace colaboradora de *El Motín*.

—¿Y carga Nakens con ella?

—¡Vaya! ¡Y hasta muere la condesa en brazos de Nakens!

—¿De placer?

—No, señor; de un tiro que la pega un emisario de los jesuitas.

—Pues no sé por qué versión decidirme. Ambas son admirables... ¡Por supuesto, que en una y otra *fustigará* V. de firme á la aristocracia madrileña!

—¿Que si la fustigo? Figúrese V. que en la continuación librepensadora presento á un duque robando el portamonedas á una devota durante una novena en las Calatravas.

—¿Y en la católica?

—En la católica, llevo de noche á una marquesa, grande de España, al pinar de la montaña del Príncipe Pío, y...

—Basta, amigo mío, basta. De un modo ú otro, eclipsará V. al padre Coloma. ¿Cuál de esas dos continuaciones de *Pequeñeces* es la que piensa V. publicar?

—He ahí precisamente mi apuro, y mi consulta. ¿Cuál cree V. que me pagarán mejor los editores?

—Hombre, si las dos son igualmente escandalosas, digo, atrevidas...

—Como atrevidas, las dos dejan en mantillas la primera parte.

—Pues entonces... Diga V., ¿tienen las dos iguales dimensiones?

—No, señor. La librepensadora tiene un tomo; la católica, dos.

—En ese caso, despache V. la católica. Al peso, siempre le darán más.

Con esto concluyó la entrevista; pero ¡ay, lector discreto! no concluyen con esto, ni concluirán, las lastimosas consecuencias del éxito de *Pequeñeces*...

¿Dará origen á algún *arreglito* para Eslava?

MARIANO DE CÁVIA.

Cuento

El cura de mi pueblo,
varón muy virtuoso,
pero al que no disgustan
dos horas de jolgorio,
me refirió el suceso
que aquí á la letra copio,
y que á primera vista
parece heterodoxo,
pero que es inocente
y cándido en el fondo.

* * *

Por dogma ó por costumbre,
que al caso importa poco,
dispuesto está que á plazos
más ó menos remotos,
cualquiera sacerdote
consume un día, él solo,
cuantas sagradas formas
del Todopoderoso,
en su recinto guarde
el regio copón de oro;
porque tan solamente
se puede, de ese modo,
renovar con frecuencia
el místico tesoro.
Pues bien: cierto presbítero
que, á pesar de ser docto,
jamás á las palabras
les dió su valor propio,
porque era aficionado
á los giros monstruosos,
los lugares comunes
y pintorescos tropos
con que la plebe expresa
ideas y propósitos,
cumpliendo una mañana
ese deber hermoso,
halló que el copón áureo
estaba lleno todo,
acaso por tibieza
de fieles y devotos,

quizá por otra causa,
que de esto no respondo.
Pero en vez de asustarse,
cual sucediera á otros,
le inspiró fortaleza
su celo religioso,
y acabó el pan divino
en tres minutos cortos.
Pero después de un rato,
ya terminado todo,
entró en la sacristía
ligero como un corzo,
y dijo al monaguillo:
—Dame agua, que me ahogo.
—¿Qué pasa, señor cura?
Le preguntó el acólito.
—Nada, hombre, casi nada,
pero dame agua pronto,
que el atracón ha sido
de todos los demonios.

EUSEBIO SIERRA.

CARTA ÍNTIMA

*Interior: Sr. D. Juan
Alzalapata Salado,
Plazuela de las Descalzas,
treinta y dos cuadruplicado.*

Querido Juan: Recibí
la tuya con gran retraso,
y te agradezco infinito
el interés que has mostrado
por saber cómo me va,
desde que en íntimo lazo
me uní ante el altar, por siempre,
con mi adorada Rosario.
Como mal... no me va mal,
todo lo bien que á un casado
le puede ir: mi mujer,
es laboriosa; su trato,
como tú ya sabes, tiene
más de bueno que de malo.
Tú que cruzaste conmigo
ese camino romántico
de ilusiones y esperanzas,
no trates de abandonarlo
Alzalapata, y escucha
las ventajas de tu estado.
¿Te acuerdas que mi mujer
era un tipo delicado,
siempre adornada con flores,
siempre vestida de blanco,
cantando el *vorrey morire*
y suspirando al cantarlo?

Yo, como tú, que sentía
en mi pecho el fuego sacro
de la infinita dulzura,
y del arte el entusiasmo,
una mañana de Abril,
de hinojos ante Rosario,
con lágrimas en los ojos
loco le dije: ¡te amo!
¡Era el sublime ideal,
fantasma que al blanco rayo
de la luna, palpitaba
entre sus azules átomos!...
¡Si vieras, Alzalapata,
cómo el fantasma ha cambiado!
Ya, en vez de *vorrey morire*
quiere vender el piano;
su cintura de palmera,
es ya cintura de álamo;
la elegante palidez
de su rostro, se ha trocado
por unos mofletes, chico...
que da alegría mirarlos.
¿Y comer? ¡vaya, canela!
almuerza cinco ó seis platos,
y al poco tiempo parece
que no se ha desayunado.
Ya lo sabes, tú que cruzas
ese camino romántico
de ilusiones y esperanzas,
no trates de abandonarlo.
Porque todo soñador,
cuando llega á ser casado,
en la puerta de su infierno
debe escribir en un cuadro:
«Aquí acaba la poesía
y comienzan los garbanzos.»

MANUEL PASO.

UN HOMBRE SERIO

Así se titula una comedia en tres actos y en prosa, original de D. Antonio Sánchez Pérez, representada por primera vez antes de ayer, martes, en el teatro de la Comedia.

Que D. Antonio es un escritor muy correcto y atildado, un periodista infatigable y fecundísimo, son cualidades harto sabidas de todos y que le han proporcionado la estimación y el aprecio general; pero lo que no todos conocen es que mi buen D. Antonio, mi queridísimo y respetable D. Antonio, padece una monomanía, que justamente como les sucede á la mayoría de los mortales, consiste en ambicionar lo que no se puede conseguir.

El Sr. Sánchez Pérez ha soñado con las glorias del proscenio, con los esplendórosos triunfos que la literatura dramática puede proporcionar á los elegidos, y con el ardoroso entusiasmo de un muchacho se ha lanzado

UNA DE TANTAS



La preciosa y despreocupada Rosita.



Y al Sr. Duque, que se gasta con ella su fortuna.



Pepito Percebe, que por agradarla, se pone diez trajes cada día.



Y un melencólico poeta, que quiere rendirla en fuerza de endecasílabos.



Uno que cree volverla loca, sólo con su bizarria.



El que se lleva los mimos, y le da las gofetás.

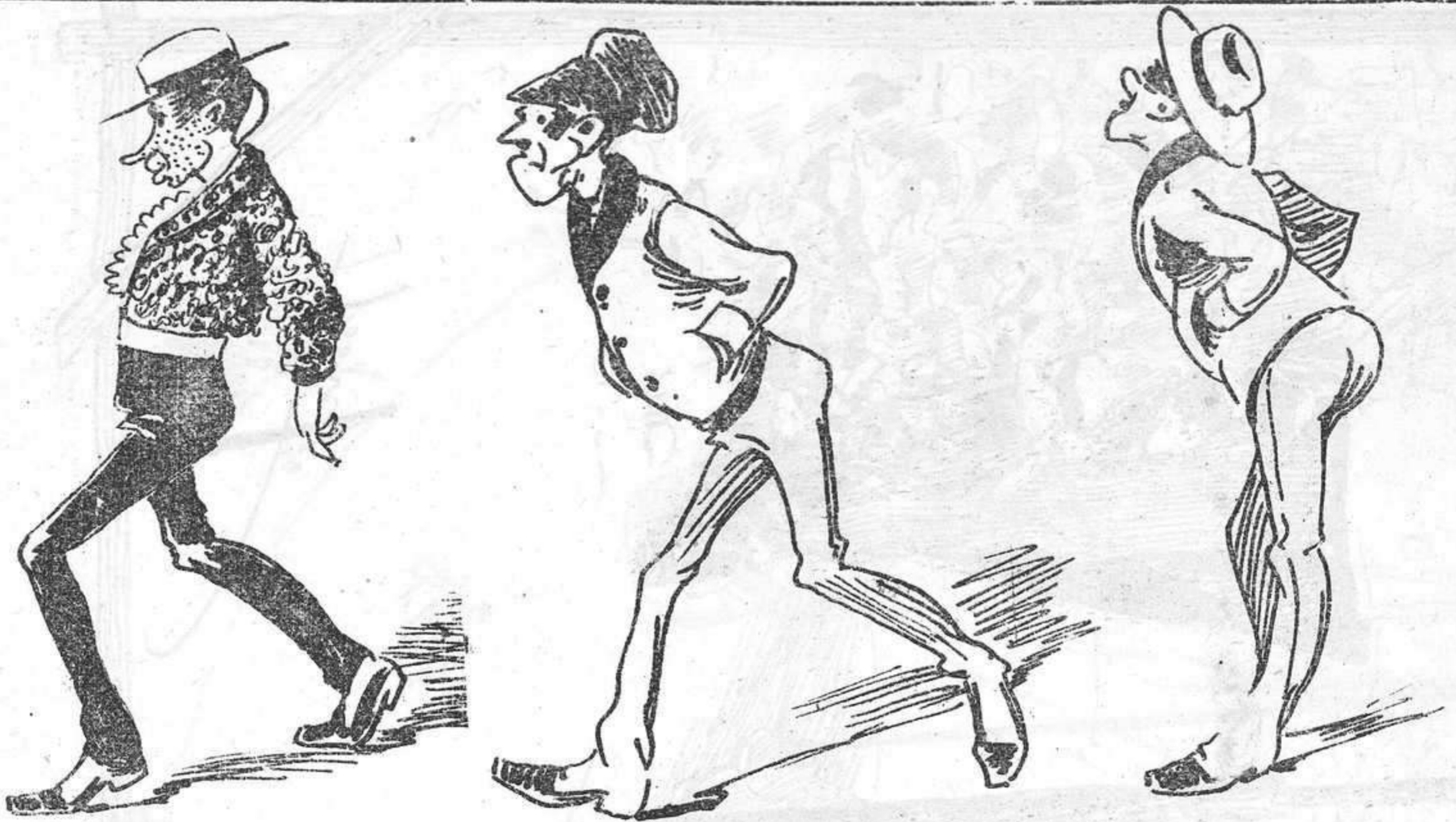
FLORES NATURALES



168
August 1891.

Una rosa entre lilas.

CABOS SUELTOS



*El Papucias, el Pingo
y el Lavativa,
se asegura que toman
la alternativa.*



—¿Solo?
—No, con ésta.



*¡Alférez! Ahora sí
que se hundirá el fir-
mamento y temblarán
las esferas.*

M. G. J.

á las terribles luchas del autor novel, sufriendo á su edad todas las zozobras y todos los temores del principiante.

Y aquí llegamos al «sitio del dolor»: no es un *Un hombre serio* la primera obra teatral de Sánchez Pérez; ya en la temporada cómica del año anterior presentó al público *El primer choque*, obra que sólo conozco por haberla leído, pues cuando se representó, ausente yo de España, no pude verla. No se me oculta la diferencia que existe entre la lectura de una obra dramática y su representación escénica. No poseo desgraciadamente la admirable sagacidad, el profundo talento de los que juzgan las comedias á trescientos kilómetros de la población en donde se estrenan; pero sin embargo, y con todo linaje de reservas mentales, me atrevo á sospechar que el éxito obtenido por *El primer choque* tiene más que agradecer á la simpatía que el público entero de Madrid y Barcelona profesa á su autor, que á su propio valer.

Paréceme esa obra un intento más plausible que afortunado, y creo vislumbrar en ella mayor suma de defectos que de buenas cualidades; pero en fin, quizá yo me equivoque y lo que leído me resulta convencional y frío, puesto en escena adquiriera todo el relieve de lo verdadero y de lo lógico.

Con estos antecedentes, pero sabiendo asimismo de lo mucho que es capaz el talento de Sánchez Pérez, asistí al estreno de *Un hombre serio*, y debo declarar leal y honradamente, sin que me lo prive el cariñoso respeto que á D. Antonio profeso, que sufrí una verdadera decepción.

Me duele decirlo (sólo por ineludible obligación lo hago así), pero no creo que el Sr. Sánchez Pérez manifiesta condiciones de autor dramático.

Un hombre serio lo prueba desde la cruz á la fecha. Ni hay novedad en el asunto, ni verosimilitud en los caracteres, ni «calor humano», como diría Borroso, en aquellas figuras, que hablan y discurren con un lenguaje admirable, demasiado correcto quizá, pero que se mueven como fantoches de un titirimundi. Aquel don Luis no es un *hombre serio*, es un hombre tonto; su señora exagera demasiado el origen del conflicto que en realidad no existe, sino porque así le place á D. Antonio, y porque si no... no habría comedia.

El interés decae progresivamente, escena por escena, acto por acto; todo aquello es trivial, y perdóneme don Antonio si agrego que perfectamente cursi.

Hay dos ó tres escenas, entre ellas la visita y la conferencia de los dos hermanos en el primer acto, y la despedida de D. Carlos en el segundo, escritas con encantadora facilidad y con ingeniosidades cultísimas; ¿pero qué significa eso al lado del final del segundo y de todo el acto tercero, del género sentimental más ramplón y ñoño?

Al teatro, en estos tiempos de tristísima decadencia, no se deben llevar sino comedias muy bien *hechas* y que acrediten al autor de peritísimo en los secretos del escenario, ó *cosas* muy grandes y muy atrevidas, aunque sean incorrectas.

Cuando esta época de transición termine; cuando la fórmula nueva profetizada por los grandes críticos aparezca en las manos de un genio, podrá hacerse otra cosa; hoy por hoy, en el teatro no debe haber sino *pasiones y acción*.

LUIS PARÍS.

¡Haga usted regalitos!

Un tal Venancio Mera
tenía por amigo á Julio Roda,
quien le anunció su boda
con una señorita de Antequera;
y aunque estaba el buen Mera sin un cuarto
y los ingleses le tenían harto,
salió con su costilla
en busca de un regalo por la villa,
para cumplir con Julio
hasta donde alcanzara su peculio.

Aunque llovía á mares,
D. Venancio y su esposa
anduvieron por tiendas y bazares
buscando cualquier cosa,
que al par de ser vistosa,
costase poco relativamente;
y después de buscarla inútilmente
y de poner á cuanto vieron tilde,
pues lo barato resultaba humilde,
fijaron su atención en unos aros
para las servilletas,
que á la señora parecieron caros
por veintiseis pesetas.

Vaciló unos instantes el marido;
pero al fin resolvióse,
diciéndola:—«Tocante á desprendido,
llegada la ocasión nadie me tose;
y aunque con mil apuros
me pase sin comer días enteros...
¡qué demontre! daré hasta cinco duros
por los servilleteros.
¡Pues poquito le va á gustar á Roda
mi regalo de boda!»

.....
Con la faz sonriente
de todo aquel que cumple como bueno,
y de alegría lleno,
corrió á casa del novio el pobre Mera.
El novio á la sazón estaba ausente;
mas dejóle el presente
con una tarjetita á la portera.

¡Cuán satisfecho respiró Venancio
después del sacrificio y del cansancio!

.....
Pocas horas después, asaz curioso,
el que iba á ser esposo
descubría en su casa el atadajo

que el buen Mera llevara presuroso;
y al mirar la etiqueta, al punto dijo
arrojando el estuche con mal gesto:
—«¿Y se reduce á esto
lo que me envía el miserable Mera?
¡Veinticinco pesetas!... ¡Se ha lucido!
¡Mejor hubiera sido
que en vez de semejante friolera,
me hubiese remitido
veinticinco empanadas de ternera!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

HACER LA BARBA

—Está V. desmejorado,
D. Rosendo! ¡Vaya! ¡Vaya!
¿Quiere V. la raya al lado
ó se peina V. sin raya?

Y ¿qué tal D.^a María?
¿Ya salió?... Y ¿ha sido chico?
Yo también tengo á la mía
de siete meses y picó.

¿Conque es Gómez diputado?
¿No sabe V. una palabra?
Pues sí señor; ha triunfado,
y es diputado por Cabra.

A mí me extrañó la cosa;
pero no sé quién me habló
de que lo debe á su esposa,
que fué quien le *encasilló*.

¡Ha estrenado V. una pieza!
Ya ví que gustó bastante...
Incline V. la cabeza
Un poquito hacia adelante.

Mi mujer apenas sale
por miedo á que se le note...
Aguarde V. que le iguale
los pelitos del cogote.

¿Y qué tal va, D. Severo?
No se deja ver ahora...
¿Sigue allá en el matadero?
Me lo dijo su señora!

Pero ¿ha visto V. qué frío?
Hace un frío superior,
de padre y muy señor mío;
¡mucho frío, sí señor!

¡Ya ve V! Yo llevo faja,
llevo un abrigo muy grueso...
¿Le ha hecho daño la navaja?
¡No se apure V. por eso!

Le pondré á V. un pedacito
de tafetán, y se cura;
¡el tafetán es bendito
para cualquier cortadura!

¿Ha leído V. el proceso
del crimen de Santander?

Pues le advierto á V. que eso
ha de dar mucho que hacer.

¡Figúrese V! Un sobrino
para matar á su tía,
en espíritu de vino
la tiene metida un día.

Y luego, de rabia ciego,
por si eso no era bastante,
el bruto le prende fuego
con fósforos de Cascante.

¡Calcule V. qué animal!
¡Pues no es esa la cuestión,
sino que viene el Fiscal
pidiendo la absolución!

Ya ve V. que ese delito
no se ve todos los días...

¿Quiere V. un hierrecito
para arreglarle las guías?

¿Quiere V. el agua templada?
Sí; templadita es mejor.
Le pondré á usted una pomada...

¿No le gusta á V. el olor?

Pues esto tocó á su fin.
¡Servidor! ¡Hasta otro día!
¡A los pies del chiquitín!
¡Besos á D.^a María!

¡Ya sabe V. donde estoy!
¡No olvide V. ese encarguillo!
¡Aguarde V., y le doy
un poco con el cepillo!

¡Adiós! Y ya sabe V.
que tengo un gusto especial...

—¡¡¡Maestro, póngale V.
la mordaza á este oficial!!!

FÉLIX LIMENDOUX.



Señores de Correos:

El paquete dirigido á nuestro corresponsal en Logroño, se perdió la semana pasada.

Cuando alguno de Vds. quiera suscripción gratis para sí y para toda su familia, que se sirva pedirla, y se la daremos, con mucho gusto.

Y cuando vean un paquete, dénle curso y ¡no lo roben, por amor de Dios!

*
*
*

De un revistero de salones: el de las duquesas de *rizada espuma* y los condes vaporosos:

«Llegan al templo, mojan sus dedos de rosa en agua bendita, que resbala en brillantes gotas por su frente, como *gotas* de rocío sobre pétalos de una flor, internándose luego en el santo recinto...»

Gotas, que después de resbalar, etc., etc., se internan en el santo recinto...

¡Digno ejemplo de amor á la religión de nuestros mayores!

* * *

Una mujer enterrada viva, un niño enterrado antes de nacer, dos seres muertos horriblemente, quizá por descuido de un médico, ó de dos, suponiendo que el forense cumpliera con su deber.

Y para defender á los pobrecitos, aún hay un tercero en Madrid, que como disculpa, dice que antes ocurrían estas *bestialidades* más amenudo.

¡Es verdad! Debemos dar gracias á Dios cuando nos roben el reloj, porque no nos asesinan, como antes se solía hacer.

Y enviar luego unos cigarritos á los ratas.

* * *

En una sesión del Ayuntamiento, exclamó un concejal:

«¡El alcalde es impecable!»

¡Estaría bien que San Pedro pecara, siendo guardián del cielo!

¡Y más, no habiendo ni siquiera un gallo de por medio!

* * *

Leemos:

«Un soldado condenado á muerte, quiso retratarse antes de morir y se le negó el permiso.»

¡Todo sea por la rigidez de la ordenanza!

Y seguimos leyendo:

«Se quiere obligar á los Guardias civiles á proveerse de baules nuevos», todos igualitos, muy arregladitos, etcétera.

Con lo cual se aprecia mejor aún la seriedad de dicha ordenanza, á la que sólo falta ya un artículo:

«El individuo que no comprare los zapatos en la acreditada tienda de X., será pasado por las armas.»

Porque lo primero es la disciplina de los zapatos y de los baules.

* * *

Elogiando á Soledad
el profesor San Martí,
asegura que da el sí
con mucha facilidad.

LUIS LOZANO.

* * *

Libros:

Música celestial.—Colección de preciosas composiciones festivas, en las que el autor, D. Antonio Montalbán, demuestra una donosura poco común, que resulta más agradable por la belleza del estilo. Precio, 2 pesetas.



Molinete.—Madrid.—Sirven. ¡No contará V. tan poca cosa como una de las 10!, ¿eh?

Sr. D. M. L. C.—Madrid.—Lo siento; está la forma un tantico descuidada.

Sr. D. J. M. A.—Madrid.—Podría utilizar cuatro ó cinco, sueltos. ¿Qué le parece á V?

Isidorito.—Madrid.—Sí, ¡pues no faltaba más!

«Mucho te quiero,
pero más te querría
cuando te veo.
Ya sé que estudias mucho,
querido amigo,
pero el francés no entra
ni por un higo.»

Por una calabaza, habrá V. querido decir.

Sr. D. M. J. O.—Madrid.—Cándidas, como las vírgenes de los primeros amores.

Sr. D. A. N.—Madrid.—Con que
«cuando se hunde el puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora.»

Muy bonito; debe V. enviárselo á Campamor para que vea cómo le *timan*.

Un plomizo.—Madrid.—Es lástima que esté mal desarrollado el asunto. ¿Por qué no hace V. otra?

Sr. D. R. T.—Madrid.—Venga la firma.

Cloroformo.—Y tan *cloroformo*. ¡Como que me he desvanecido al leerla!

Latigazos.—Esos epigramitas pican demasiado para EL CASCABEL.

Uno.—¿Artículos? ¡*Taday, probeza!*

Sr. D. A. P.—Madrid.—Es una idea muy bonita, pero no muy bien tratada. En cuanto sea posible procuraré complacer al amigo L.

Gigante.—Madrid.—Lo mismo digo.

Sr. D. M. S. P.—Madrid.—¡Imitación de López Silva, y con tantas verduras! Joven, ¡desconfíe V. de las imitaciones!

Sr. D. J. M. V.—*Nosce te ipsum*.

«Solomillo con patatas
y guisantes de la tierra,
mero del mismísimo puerto
de Cádiz, con su salsa de madera,
espárragos de Aranjuez,
pollos asados con *verros*.»

¡Vaya! ¡Si estuviera V. aquí me lo comía!
Q. Q. n.º.—No he leído cosa más mala en todos los días de mi vida.

PARA 1.º DE MAYO



Sí; cogemos á los capitalistas, los degollamos, nos repartimos su dinero y dejamos á sus familias para nuestro servicio particular. ¡Es el único modo de que haya igualdad!

ANUNCIOS

EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 12.

PRECIOS DE VENTA

Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, núm. 6 duplicado

(TELÉFONO NÚM. 473)

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE D. FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA

IMPRESORES DE LA REAL CASA

CALLE DE SAN ISIDRO, 6 DUPLICADO

MADRID

Especialidad en la impresión de trabajos administrativos y comerciales.

Ilustraciones, revistas, periódicos, tarjetas, billetes, programas, prospectos, etcétera, etc.

IMPRESIÓN ESMERADA Y PRECIOS ECONÓMICOS

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.